

HÒMENS I FETS

Tot i considerant la impossibilitat d'informar puntualment el lector sobre els esdeveniments diversos que configuren la vida i la cultura d'aquestes illes, la revista EIVISSA vol deixar-ne almenys constància dels aspectes més notables, a través de la secció HÒMENS I FETS que avui s'inicia.

Per a això, comptam amb la col·laboració de diferents persones, atentes a la realitat viva de les Pitiüses, que ens ofereixen la seua visió personal del petit món illenc.

—Sé que no podré aguantar esto, —dijo—. Estoy muy enfermo. Pero antes quisiera que no me maldigas, que no me empujes tú también al fondo del infierno. Por eso te prometo desde ahora tu libertad si te haces cristiano. Te doy mi palabra.

El juez mostraba una cara adusta que se iba oscureciendo cada vez más. Se levantó de la mesa para avivar las brasas de la lumbre y volvió a sentarse. No era posible saber si lo que sentía era tristeza o cólera, o, en realidad, una indiferencia total. Llevaba ya muchas horas tratando de descubrir en los ojos de aquel hombre que tenía enfrente si su conversión era verdadera o falsa, si había o no motivos para concederle la libertad. ¡Cómo podía saberlo! A última hora el abogado no compareció en el juicio y había mandado unos papeles alegando cualquier estupidez para salir del paso. El procurador de la viuda, en cambio, sí asistía a aquella escena absurda y cruel.

—Crea el señor juez que todo es pura conveniencia —dijo.

El procurador era un hombre sombrío, sudoroso, que espiaba los más ligeros movimientos del esclavo para descubrir en ellos algún asomo de culpabilidad.

—Mírele bien a los ojos, señor juez. Vea cómo muda su rostro, cómo tiembla a cada pregunta...

Amet sacudía sus manos, con la cabeza baja, y, a ratos, le saltaban algunas lágrimas que no podía contener.

—Habla otra vez. ¿Qué dices tú? —le preguntó el juez.

—Quiero convertirme, quiero convertirme —repitió el esclavo.

—¡Eso ya lo sabemos! —gritó con impaciencia el juez.

—Mi amo, antes de morir, me prometió la libertad —añadió Amet.

—Igual que si te hubiera prometido el paraíso —saltó el procurador—. Las palabras solas no sirven para nada.

—Tomé el bautismo y recibí el nombre de mi amo. Me llamo ahora Francisco Laudes, como él —agregó el esclavo.

—¿Pero estás verdaderamente preparado? —preguntó el juez— ¿Qué es lo que sabes?

Amet se quedó mudo y cerró los ojos. Sentía las pulsaciones de la sangre en su cerebro. Cuando los abrió, el juez permanecía con los brazos cruzados y mirando fijamente el rostro del esclavo.

—Su fe no es sincera. Huirá a la primera ocasión y volverá a Mahoma, como tantos otros —dijo el procurador.

Amet ya no sentía nada. Le era indiferente todo lo que allí pasaba. Nunca podría conseguir la libertad. Estaba

condenado a vivir sin esperanzas, sobre todo ahora que el amo había muerto. La viuda le daría un sitio en el pajar, entre las arañas que mordían su piel morena, el sudor interminable de las horas de la siega o de la sal, la historia repetida de su trabajo que no acababa nunca, rodeado siempre de silencio y de sombras.

Pero la escena duró poco tiempo más. A pesar de todo, el juez y los prohombres de la tierra declararon que su conversión era verdadera y decretaron su libertad.

—Bien, ya eres un hombre libre —sentenció finalmente el juez, encogiéndose de hombros.

Al despuntar el alba, las campanas de la iglesia volvieron a tocar a rebato. Una partida de moros, con sus banderas desplegadas, habían desembarcado en la costa. Permanecieron primero escondidos en unas cuevas, cerca de las casas, y cuando salió el sol y los hombres y las mujeres iban a sus trabajos en el campo les atacaron, llevándose con ellos algunas mujeres cautivas. Amet se había unido a la partida y se sentía un hombre nuevo. La casa del viejo Laudes estaba en el camino. Sentía una excitación que no era rabia sino un desprecio salvaje por todo lo que aquel lugar encerraba para él. Tuvo que dar la vuelta y atravesó el pórtico blanqueado de cal. La mujer estaba en el umbral de la cocina y le miró con una ira furiosa y al mismo tiempo con el terror en los ojos. Corrió asustada fuera de la casa y Amet la siguió hasta el establo. La partida llegó en aquellos momentos, incendiando la casa y los sembrados y obligando a la mujer a seguirles. Amet iba a su lado y con encarnizado furor la insultaba llamándola perra cristiana.

Poco después unas velas hinchadas por la brisa desaparecían a lo lejos, dejando una estela de plata en el mar verdoso y un reguero de sangre en la tierra azotada de la isla.

Al cabo de muchos años una mujer regresó a la isla. La mujer había sido rescatada a los moros de Argel a cambio de otro de nuestros cautivos. La mujer llevaba a una niña de la mano y dijo que Francisco Laudes, que volvió a llamarse Amet tan pronto como llegó a su tierra, había muerto en una de sus incontables correrías por esos mares, tal vez aquí mismo, en la isla. Y dijo también que, a pesar de todo, nunca podría olvidar el tiempo en que los dos habían vivido juntos y habían sido tan felices.

C. VIDAL LLÀSER

(Ilustraciones de Antoni Pomar)